

## IV. CONEXIONES

---





# Apuntes sobre la ruptura freudiana y un apéndice lacaniano

GIBRÁN LARRAURI OLGUÍN\*

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, México



## Apuntes sobre la ruptura freudiana y un apéndice lacaniano

### Resumen

Este texto reflexiona sobre la peculiaridad del régimen discursivo introducido por Freud en el fin del siglo XIX. Para ello, se propone hacer un recorrido por tres aspectos centrales de tal régimen, a saber: el contexto cultural de la Viena decimonónica, la metapsicología como el componente central de investigación del inconsciente, así como el estatus de la sexualidad que se desprende de las elaboraciones de Freud. Por último, se ofrece un apéndice que versa sobre la lectura de Lacan de la textualidad freudiana.

**Palabras clave:** Freud, metapsicología, real, sexualidad, Viena.

## Sketches on the Freudian Break and a Lacanian Appendix

### Abstract

This text reflects on the peculiarity of the discursive regime introduced by Freud at the close of the 19th century. With that purpose, it proposes a survey of three central aspects of such regime, namely: the cultural context of 19th-century Vienna; metapsychology as the central component of the inquiry into the unconscious; and the status of sexuality as derived from Freud's elaborations. Finally, an appendix addresses Lacan's reading of Freudian textuality.

**Keywords:** Freud, metapsychology, sexuality, real, Vienna.

## Notes sur la rupture freudienne plus un appendice lacanien

### Résumé

Le texte parle de la particularité du régime discursif inauguré par Freud à la fin du XIXème. Un parcours est proposé par les trois aspects centraux dudit régime, à savoir, le contexte culturel de la Vienne du XIXème, la métapsychologie en tant que composant centrale de la recherche sur l'inconscient, et le statut de la sexualité issu des élaborations freudiennes. Finalement, un appendice est offert sur la lecture de Lacan de la textualité de Freud.

**Mots-Clés :** Freud, métapsychologie, réel, sexualité, Vienne.

\* e-mail: [larrauriol@yahoo.com.mx](mailto:larrauriol@yahoo.com.mx)

**E**scribir sobre Freud con la encomienda de rendirle homenaje y, en ese mismo impulso, calibrar el alcance de su aporte para las ciencias del signo y para la conciencia occidental en su conjunto resulta tarea hartamente complicada, pues la vastedad y peculiaridad de su texto lo hacen renuente a toda narrativa monográfica.

No obstante, si hay que escoger de entre esa vastedad el sello distintivo de la operación freudiana, me parece que uno no puede abstraerse de visitar algunos tópicos que en su secuencia (por lo demás siempre cuestionable, cuyo estatus es más lógico que cronológico) pueden fungir como las coordenadas que abrirían la brecha para responder por qué, por ejemplo, un autor como William M. Jhonston, en su libro *The Austrian Mind*, se refiriera a Freud en estos términos: “Ningún otro pensador del siglo XX, ya sea de Austria o de otros sitios, ha impregnado a tal punto la conciencia contemporánea ni ha afectado todas las facetas de la vida económica, social e intelectual”<sup>1</sup>.

Tales temáticas o motivos freudianos que escojo para armar mi ofrenda al nacido en Moravia son, por un lado, el ambiente decimonónico de esa Viena tan cargada de ambivalencia para el afecto de Freud; en segundo término, la metapsicología como aquello que funcionó (y funciona) como el instrumento-concepto de investigación del inconsciente que le permitió a Freud, entre otras cosas, ir más allá del dictado académico de la psicología; y por supuesto, en tercer lugar, mi elección recae en la concepción de la sexualidad a la que Freud da a luz a partir de ese cruce entre el contexto vienés de la crítica al lenguaje, en su dimensión más amplia, y los avances que se le revelaban a partir de no suponer más a la conciencia y a la bonhomía como los ejes del psiquismo humano.

Revisemos, pues, cada uno de estos frescos que desde mi óptica intelectual han hecho que el apellido *Freud* sea partícipe de las categorías de lo transcultural y de lo transhistórico, e incluso del léxico común, aun cuando su peso no siempre haya sido soportado por la *vox populi* y por el llamado “freudismo”, a excepción, sostengo, de la lectura de Lacan. A él y a su interpretación del psicoanálisis dedicaré un apéndice, una vez que mi trayecto sea cubierto en sus intenciones.

1. Citado en Silvia Tubert, *El malestar en la palabra. El pensamiento crítico de Freud y la Viena de su tiempo* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1999), 13.

## RUPTURA VIENESA O DEL NACIMIENTO DEL PSICOANÁLISIS

El ambiente cultural en el que Freud inventó el psicoanálisis (pues no cabe duda que el psicoanálisis es una invención) era un ambiente peculiar por donde se le mirara, pues bordado estaba por la decadencia de un Imperio compartido entre Austria y Hungría que en su fenecer anunciaba para Occidente la entrada en la era industrial. A pesar de que Viena fue hostil a la causa freudiana, pues se sabe que se le repelía ante todo por ser considerada una causa judía<sup>2</sup>, me parece que, muy probablemente, sin ese ambiente tan fecundo en choques ideológicos y anacronismos bañados en la incipiente marea del pensamiento instrumental, en la actualidad no hablaríamos de la existencia de una teoría sobre el sujeto o sobre la estructura del lenguaje, de las que el psicoanálisis es piedra angular.

Viena, y no París, como se cree popularmente, era el centro intelectual de aquella época en la que José Francisco se alzaba como un monarca a la vieja usanza, y Sissí era la encarnación de la mujer de dos o más vidas bajo el velo del retraimiento y la bondad; esto en medio de una población multicultural en la que se hablaban más de quince idiomas, y en medio de un entramado moral que se mostraba doble como pocas veces en la Historia, pues reprimía en lo manifiesto la sexualidad, al punto de ocasionar en lo latente de las noches bohemias una especie de explosión, un burbujeo volcánico. Tales cosas emanaban de los tejidos de un sistema cultural en crisis, moribundo, dado el paso del tiempo y el estancamiento de una política no apta para los tiempos que se avecinaban, encaminados hacia el nazismo, así como encaminados hacia la producción en masa y hacia una forma de vivir vertiginosa en comparación con la aparente pasividad vienesa. No obstante, en el centro de esa sociedad aparentemente pasiva y añeja que arribaba al punto de su decadencia, surgió un movimiento de crítica aguda en prácticamente todas las ramas del pensamiento y la creatividad. Movimiento que, parafraseando a Cioran, hizo de Viena la ciudad europea donde el mundo occidental dejó de ser feliz.

El clima de modernidad que se instalaba paulatinamente en el aire vienés trajo consigo una serie de cuestionamientos acuciantes en torno a la realidad humana, del cual surgieron pensadores implacables que se vieron llevados a encarar aspectos estructurales de toda subjetividad, en tanto esta se encontraba en crisis. En este sentido, surgen figuras como la del periodista Karl Kraus, cuyo espíritu satírico se centra en denunciar el uso prostituido del lenguaje por parte de la prensa, así como en criticar lacerantemente la moral que condenaba por un lado a la sexualidad y el exceso para servirse a manos llenas de ella por el otro. Surge también la figura de Wittgenstein, aquel compañero de escuela de Hitler, como quien vendrá a decir que no todo puede ser dicho por el juego del lenguaje y que en ese momento es mejor callar; surge la revolución musical de un



2. Paul-Laurent Assoun, "L'oubli de Vienne", en *Magazine littéraire*, hors série 1 (2000), 7-13.

Mahler y la arquitectura sobria y “antiarquitectónica” de Loos. Esa Viena en crisis ve nacer la voz femenina intelectual en la cuerda y pensamiento de Lou Andreas-Salomé, compañera de diálogo, y tal vez algo más, de Nietzsche, de Rilke y, por supuesto, de un Freud, que encontraría en ese caldo de cultivo la posibilidad de su emergencia como la figura que derrumbaría las ilusiones de progreso armónico en todo grupo social, y como quien descentraría la voluntad del Yo, para establecer, con base en la creación, a la usanza de un ingeniero, del lugar del vacío, y alrededor de él construir todo su edificio teórico, el cincelado de cosas tan estremecedoras para la época (¿tanto como para esta?) como la existencia de una sexualidad punzante desde la infancia y la constatación de una pulsión (que no instinto) cuya aspiración no se dirige hacia la concordia, sino a un regreso al mítico estado inorgánico, previo a todo influjo *lenguajero*.

En suma, puede decirse que esa Viena, hoy tan de leyenda para quienes nos interesamos en los vericuetos del pensamiento sobre el signo, no representa nada más la caída de un Imperio y la entrada al nazismo, sino el nacimiento de una concepción del hombre dividido por el lenguaje y, a la vez, constituido por él, un hombre cuyo único atributo es que es habitado por un lenguaje que lo domina (Musil). El psicoanálisis, de esta forma, deja de ser un paradigma judío para convertirse en un discurso sobre todo hombre que, como el judío que fue Freud, es extraño a sí mismo, morado por una extranjería que palpita en su inconsciente.

El psicoanálisis es, pues, hijo de esta matriz vienesa, que, por otro lado, fue influenciada (¿fecundada tal vez?) por la figura de uno de los más grandes pensadores que ha germinado en esta tierra: Nietzsche, ese al que Freud dice no haber leído en extenso por sospechar que se adelantaba a sus conclusiones. Tal vez es por esto que habría que revalorar la idea de que el psicoanálisis nació del puro (in)genio de Freud. Si bien es innegable que sin su figura el psicoanálisis no sería, también habría que señalar que no fue producto de una lucidez separada de la influencia de otros pensadores. Es claro que muchos de los pensadores de la época se adelantaron a lo que Freud dijo, aunque ciertamente de ello no hicieron una praxis. Por ejemplo, se sabe que Freud extrajo de Exner nociones del concepto de cantidad, principio del placer y principio del displacer; de Groddeck el concepto del “ello”; de Böhme y de Schiller la asociación libre; de Nietzsche mismo y del jurista Henry Home Kames la noción de inconsciente y, evidentemente, de Fliess el concepto de bisexualidad.

Empero, que no se entienda que Freud no posee la autoría sobre esos conceptos, pues fue él quien les dio un significado y los ordenó de manera sistematizada dándoles así toda su envergadura y pertinencia para sus objetivos de estudio; simplemente, quiero hacer notar que un digno homenaje a nuestro fundador pasa, no solo, pero también, por reconocer que no hay sujeto ni teoría que se pueda abstraer de sus tiempos y de

sus circunstancias tanto sociales como personales, aun cuando dicha división entre lo individual y lo grupal pueda parecer, y sea de hecho, ilusoria.

Por lo demás, la creación de la teoría psicoanalítica, como toda verdadera creación, resultó dolorosa. Freud experimentó en carne viva la segregación, la guerra, la culpa y la deuda, así como la imposibilidad de decir la Verdad, imposibilidad que haría extensiva a todos los sujetos con base en sus fundamentos teóricos, y con base en lo evidente que se traduce en el accionar humano bajo la forma de síntomas que son la materialización de una siempre latente desorientación en cuanto a lo que somos y deseamos.

En este sentido, pienso que, si bien es cierto que todas las figuras que he mencionado a lo largo de esta breve reflexión ejercieron una crítica sin tapujos a la cultura, el lugar en donde se gestó la ruptura definitiva, el punto de quiebre que resume todo ese pensamiento crítico vienés, se halla en la invención del inconsciente, la realidad de la realidad psíquica que no se tomaría en más como comandada por el Yo y por la conciencia, sino por la inconciencia<sup>3</sup>.

## INTERLUDIO

Es innegable que Freud tiene un lugar vitalicio en la cultura. Es decir, de alguna forma, cualquiera con una cultura general mínima se puede sentir autorizado a traer a sus palabras a Freud o a calificar alguna sentencia u actitud como “freudiano(a)”. Sin embargo, esta certeza no forzosamente es indicio de que Freud haya sido comprendido en su sustancia. De hecho, esta fórmula, que implica que la aceptación de un discurso no garantiza su asunción es un saber que se ha obtenido curiosamente de la labor epistémica de Freud. Una pregunta se impone entonces: ¿qué es, pues, lo que ha producido que la figura de Freud perdure aun cuando su pensamiento no deje de ser desvirtuado, rebajado, edulcorado o incluso negado? Esta es, pues, la constante que ahora intentaré encarar a partir de esos otros dos pentagramas que, ya lo adelantaba, son la metapsicología y la concepción de la sexualidad de la que Freud, lo sepamos o no, lo queramos o no, nos dotó. Para tal efecto, se recurre principalmente a dos obras del epistemólogo del psicoanálisis Paul-Laurent Assoun: *El freudismo* y *La metapsicología*. Si recorro a estos textos y no de manera frontal a los del propio Freud es por una razón nada ociosa, que puede ser, sin duda, cuestionada, pero que tiene un fundamento: junto a Lacan, pienso que “para volver a encontrar el efecto de la palabra de Freud, no es a sus términos a los que recurrimos, sino a los principios que la gobiernan”<sup>4</sup>. Assoun transmite tales principios de manera incólume, con una claridad notable y, a decir verdad, escasa dentro del campo del psicoanálisis, a la vez que deja abierta la puerta para quien, dado el caso, se aventure en profundizar en la soberbia obra de Sigmund Freud.



3. Para profundizar en la temática “Freud-Viena”, el lector puede remitirse a las siguientes obras: Josep Casals, *Afinidades vienesas. Sujeto, lenguaje, arte* (Barcelona: Anagrama, 2003); Silvia Tubert, *Sigmund Freud* (Madrid: EDAF, 2000).
4. Jacques Lacan, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos I* (México: Siglo XXI, 2005), 280.

## FREUD, SU CONCEPCIÓN DEL SUJETO Y DE LA CULTURA

“Lo que hay que decir es: no soy, allí donde soy el juguete de mi pensamiento; pienso en lo que soy, allí donde no pienso pensar [...]. Pues si lo que Freud descubrió no es eso exactamente, no es nada”.

JACQUES LACAN

Me propongo ser enfático y decir desde ya que lo que le ha asegurado y le asegurará a la propuesta de Freud un lugar inmutable en la cultura radica en haber señalado, mediante una férrea posición científica, que la conciencia no es por mucho la dueña absoluta de su devenir, y lo que es más, que está determinada por fuerzas que la sobrepasan y a las cuales difícilmente tiene acceso. De esto se desprende un conocimiento que no supone la adquisición de un saber de corte totalizador, sino, precisamente, se adquiere acceso a la constatación de que no hay tal saber absoluto de ningún modo. Esto es lo que desde el psicoanálisis podemos llamar verdad: la imposibilidad del sujeto de acceder a un sentido pleno.

Puede entonces colegirse por qué un saber que se sostiene en el descubrimiento de una verdad que viene a cuestionar de tajo las certitudes de la conciencia sea llevado a maquillarse con clichés e interpretaciones fáciles en diferentes ámbitos de la cultura y en especial en aquel llamado académico. Puede, pues, entenderse por qué a Freud, aun si se le cita, se le suele reprimir en su efecto de verdad<sup>5</sup>. Tal represión se ejecuta de las formas más diversas por las vertientes del saber mismo, sobre todo por aquellas que proponen la posibilidad de una síntesis del pensamiento. Y es que, en efecto, el sujeto que Freud propone, más allá de que prácticamente en ningún lado de su obra aparece enunciado como tal, es un sujeto fracturado, desprendido de toda metafísica, puesto que es concebido como un sujeto en falta. Dicha fractura o división del sujeto proviene a su vez del precio que tiene que pagar por su entrada a la cultura, lo que el vienés instituyó bajo el concepto de “castración”. Siendo así, el psicoanálisis de ninguna forma se adhiere a las concepciones humanistas y progresistas que afirman que la subjetividad y la cultura son propensas a una estabilidad por la que habría que trabajar. En términos del mismo Freud: el psicoanálisis no es una *Weltanschauung*, léase: “una visión del mundo”. Paul-Laurent Assoun nos reitera esta constante del psicoanálisis:

5. Recordemos que la represión es el mecanismo mediante el cual se mantiene alejado de lo consciente aquello que es incompatible con la actividad de unificación que ejerce precisamente la conciencia, es decir, el Yo.

Freud no deja de recordar que el psicoanálisis no es una *Weltanschauung*. La exposición más completa en la última de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Allí encontramos articulados tres enunciados cuya lógica debemos apreciar bien:

1. No hay *Weltanschauung* psicoanalítica.

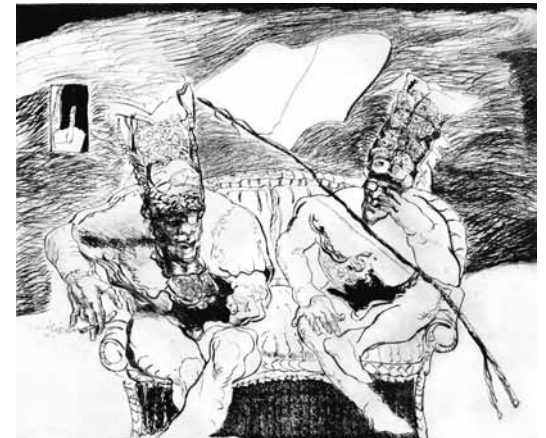


2. El psicoanálisis no se adhiere a más credo que el de la “*Weltanschauung* científica”.
3. La idea de *Weltanschauung* como explicación totalizadora es incompatible con el concepto de ciencia.

La proposición [1] enuncia que si se entiende por *Weltanschauung* “una construcción intelectual que resuelve, de manera homogénea, todos los problemas de nuestra existencia, a partir de una hipótesis que comanda el todo, donde, en consecuencia, ningún problema permanece abierto, donde todo aquello en lo que nos interesamos encuentra su lugar determinado” el psicoanálisis “es absolutamente inepto para formar una *Weltanschauung* propia”.<sup>6</sup>

Este es un hecho que no hay que perder de vista, pues, a lo largo de la historia psicoanalítica, tanto psicoanalistas como pensadores de heterogéneos campos, recurrentemente, han intentado hacer del psicoanálisis una teoría desde la cual sea viable explicar la totalidad de los devenires humanos y, de este modo, construir propuestas para que los sujetos puedan emanciparse de sus ataduras por completo y acceder a una felicidad estable, sea, por ejemplo, a través de la búsqueda de la integridad del Yo, sea a través de la reproducción del orgasmo, que conduciría concomitantemente a la reducción del malestar en la cultura, como lo ha solido estipular e insinuar el freudomaxismo en especial. Nada de esto puede elevarse a los objetivos del psicoanálisis; lo que este puntúa es la constante de un “malestar en la cultura”, el cual brota del hecho estructural de la subjetividad en cuanto dividida, y que no es otra cosa que el develamiento del hecho de que la entrada del organismo humano a la cultura está marcada por la represión, por la renuncia pulsional a su satisfacción plena. Por lo demás, es este mismo estatuto de la subjetividad el que produce el rescate de la particularidad humana en toda su oscura claridad por parte del psicoanálisis: la instancia del deseo, factor de movimiento de la sociedad y de cada vida.

Así, resulta clave decir que estas coordenadas solo se han podido elaborar a partir de una concepción metapsicológica del psiquismo. Es desde una postura científica que Freud, muy a menudo a pesar de él, se topa con un objeto de estudio que, eventualmente, será elevado a la condición de objeto faltante en toda simbolización. Pero ¿cómo es que puede sostenerse que el psicoanálisis se ocupa no de un objeto empírico sino de un objeto faltante? ¿Cómo puede sostenerse una teoría cuyo objeto falta y aun así mantener su estatus de científicidad, aunque sea de aquello más particular? Es aquí donde surge el armazón príncipes de toda elaboración psicoanalítica y que Freud mismo bautizó con el nombre de “metapsicología”.



6. Paul-Laurent Assoun, *El freudismo* (México: Siglo XXI, 2003), 62.

## METAPSICOLOGÍA: CONCEPTO NUCLEAR DEL PSICOANÁLISIS

“Interrogarse respecto a la metapsicología es preguntarse respecto a lo que es un *concepto psicoanalítico*”.

PAUL-LAURENT ASSOUN

La metapsicología es el nombre que Freud, no sin dudar, le atribuye al conjunto de construcciones que va armando conforme su inédito objeto de estudio se le va revelando. Tal metapsicología, lejos de suponer una concepción de la psique como unitaria, reino de la síntesis y metáfora de lo que en última instancia se regula a sí mismo a través del Yo, más bien subvierte precisamente la posibilidad de pensar que el Yo es el centro o aun el sinónimo de la realidad psíquica. Así, pues, la metapsicología freudiana es el nombre con el que Freud intentó deslindar sus descubrimientos de la bolsa de las psicologías, las cuales, sabemos, suponen precisamente que el sujeto es propenso a la adaptación al medio. Entonces es gracias a la metapsicología que el psicoanálisis se desprege de lo meramente fenomenológico<sup>7</sup>. Si del lado de las psicologías lo que existe es la voluntad de *síntesis*, del lado de Freud lo que impera es una voluntad de *análisis*, de psicoanálisis.

Como Freud lo señala, darle legalidad a un descubrimiento metapsicológico supone poder sentar sus coordenadas a nivel tópico, económico y dinámico, es decir, poder ubicar los lugares, las fuerzas y los movimientos psíquicos inmiscuidos en la gestación de un determinado producto psicológico. Esta distinción de alto rigor epistémico es lo que hasta antes del cisma freudiano no existía, de aquí que “la metapsicología no es otra cosa sino aquello que eleva la experiencia analítica a la altura de un *saber*”<sup>8</sup>. En suma, para “pensar el inconsciente”<sup>9</sup> le fue indispensable al doctor austriaco inventar toda una estructura de investigación que desde su diseño fue guiada por la voluntad de acercarse de manera científica a una realidad no tangible, en el sentido materialista del término. Por lo tanto:

La metapsicología, entonces, es de hecho una *respuesta a la impotencia explicativa de las otras teorías psíquicas*, que flaquean al explicar —cuando no, como la psiquiatría, por “causas remotas”—, sin dejar de mantener la especificidad de esos procesos, en contraste con las explicaciones “exógenas” (especialmente de las “neurociencias”).<sup>10</sup>

7. Paul-Laurent Assoun, *La metapsicología* (México: Siglo XXI, 2002), 25.

8. *Ibíd.*, 9.

9. *Ibíd.*, 23.

10. *Ibíd.*, 143-144.

Si bien mucho se habla de metapsicología en los círculos dedicados a estudiar el psicoanálisis, se le suele confundir con un conjunto de postulados que servirían para poder explicar el más mínimo fenómeno que escapa a la conciencia, por lo que se le concibe como una *Weltanschauung*. En su defecto, la metapsicología es tildada de “saber

esotérico” que, dado su talante de no ocuparse de un objeto visible y calculable, sería entonces un saber falso. Por consiguiente, ocurre que en muy pocas ocasiones se pone el acento en lo que de allí brota, a saber, una concepción inédita del sujeto, o sea, el sujeto deseante que en nada se parece al sujeto de la objetividad, sujeto del cálculo y lo posible de predecir, siempre tan en boga. En este sentido, lo que Freud introdujo fue, como él mismo se lo señaló a Jung al llegar a los Estados Unidos de Norteamérica, con la elocuencia que lo caracterizaba, una peste<sup>11</sup>. ¿Por qué una peste? Pues simplemente por el hecho de que Freud ha introducido en el campo del saber la demostración de una constante alteridad irreductible a todo discurso que, con base en el sentido que produce, pretende arribar a un punto de estabilidad y comprensión sin fallas, tanto de la subjetividad misma, como del mundo circundante. En otras palabras, lo que Freud enclava en el campo del pensamiento es la noción de que el pensamiento mismo se desconoce en sus determinaciones, lo que supone el develamiento de sus límites y, a la vez, el surgimiento de una angustia sin precedentes, pues pocas cosas angustian tanto como la imposibilidad de saberse a sí mismo.

Empero, y para ir introduciendo lo que será el apéndice, el mismo Assoun nos dice que Freud, el gran creador, «no “inventa” nada —entiéndase nada que no venga de lo real, de esa versión muy singular de lo real que se designa como inconsciente—»<sup>12</sup>. En otros términos, la singularidad de la metapsicología freudiana no es la de aportar los elementos que permitirían una concepción totalizadora de la realidad psíquica, sino la puntuación de la inexistencia radical de esta. Freud inscribe en y para la ciencia su imposibilidad y de esa huerta saca sus frutos. De aquí que el psicoanálisis postula que “de lo que le falta a cualquier ciencia del hombre, hay un saber posible porque es necesario [...]”<sup>13</sup>. De tal forma que:

La “psicología de las profundidades” es menos análisis de una interioridad que exploración de una *alteridad íntima* que haya que restituir en su objetividad. Proyecto faustiano evocado por A. Paquet de “desgarramiento de los velos” y la evocación de las “fuerzas plástico-creadoras que dormitan en el inconsciente”. De tal forma que se puede hablar de “realismo” —no en el sentido de lo que se opondría a lo que está “dentro”, sino como pensamiento de lo real como tal—.<sup>14</sup>

Se puede apreciar que me he introducido ya en el discurso lacaniano, y no de manera innecesaria, sino a través de una clave que, de no tenerse en cuenta, puede hacer cojear la relevancia de lo hasta aquí dicho y puede oscurecer los alcances del pensamiento freudiano. Como se ha leído en la última cita, de acuerdo con Assoun, es lo real, ese concepto de Lacan que se define como lo que “no cesa de no escribirse”<sup>15</sup>, aquello que pone en juego todo el despliegue freudiano y, por ende, aquello que le



11. Al parecer, eso fue lo que Freud le comentó a Jung al llegar a EE. UU.; sin embargo, se dice que en realidad Freud nunca dijo tal cosa, sino que, más bien, es una ocurrencia de Lacan, la cual surgió precisamente cuando este se entrevistó con Jung. Véase Elizabeth Roudinesco, *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento* (Buenos Aires: FCE, 2005).
12. Paul-Laurent Assoun, *El freudismo*, 21.
13. *Ibíd.*, 29.
14. *Ibíd.*, 87.
15. Jacques Lacan, *Seminario xx, Aún...* (Buenos Aires: Paidós, 1981), 74 y 114.

da consistencia a la metapsicología en su conjunto. Y es que “en realidad, el freudismo es efectivamente pensamiento de lo real, de lo inconsciente.”<sup>16</sup>

Tal vez sea aquí en donde con mayor claridad se note el porqué de la represión de la que ha sido objeto el psicoanálisis desde su nacimiento en aquella Viena que visitamos, pues este postula el lugar de una falta, lo cual ciertamente no es novedad: ya la filosofía, por ejemplo, lo había hecho mucho antes. Lo que sí es novedad, y se posiciona como algo todavía más radical, es enunciar mediante la evidencia clínica que todo el accionar del sujeto se encuentra determinado por esa falta que por lo común pretende dominar mediante el saber o transformarla mediante el síntoma. Muestra de ello son todas las formaciones del inconsciente que escapan a la objetividad positivista, por ejemplo, los lapsus y los sueños. Esto es lo que marca una distinción infranqueable del psicoanálisis con el resto de los saberes, pues, si bien es cierto que todos reconocen sus alcances epistemológicos, ninguno construye su praxis a partir de ese límite, llamado por Lacan “lo real”.

Es por esa instancia o registro de lo real que el psicoanálisis es tanto una clínica como una crítica de la cultura. Aquí radica la fuerza del discurso psicoanalítico que, en realidad, siempre tiene alguna palabra que pronunciar cuando se piensa la cultura, no la palabra que se espera —la palabra de consuelo—, más bien aquella de una certeza que indica que el malestar en la cultura —que todo saber pretende comprender—, parte de un incomprendible, de un fuera de sentido y, sobre todo, que sin ese malestar simplemente no habría cultura. Así, el psicoanálisis es un efecto emanado de la búsqueda de un conocimiento que se apegue a la *realidad* que nos cuestiona, por lo que tal saber debe ser concebido como un síntoma formalizado e instituido de la cultura.

Enfatizando en esa elasticidad del psicoanálisis, obtenida de la metapsicología, para discutir prácticamente con cualquier campo de conocimiento y mostrarle su indispensable límite, podemos decir junto con Assoun que:

La metapsicología representa, además, como ya lo vimos, un movimiento espontáneo, inherente a su naturaleza de alguna manera epistémica, de *expansión hacia las ciencias de lo colectivo*. La metapsicología es intrínsecamente antropología física y social. Tal es su considerable ambición, sabiendo que esta *se reduce a introducir en todos esos “campos” disciplinarios la mediación del objeto faltante, inconsciente, haciendo con ello mismo mediación, al mismo tiempo universal y parcial —puesto que el inconsciente es aquello que se omite en todas partes—*. Si la “ciencia del hombre” se confirma como ciencia de “aquello que le falta al hombre”, la metapsicología es su figura apropiada.<sup>17</sup>

16. Paul-Laurent Assoun,  
*La metapsicología*, 141.

17. *Ibíd.*, 146. *Cursivas del autor.*

## SEXUALIDAD Y MALESTAR EN EL PENSAMIENTO FREUDIANO

“Creo... haber introducido también algo que ocupará constantemente a los hombres”.

SIGMUND FREUD

Es bastante la tinta que ha fluido alrededor de la importancia que Freud le ha dado a la sexualidad en la economía del psiquismo humano. Desde los *Tres ensayos de teoría sexual*, que datan de 1905, Freud introduce la escandalosa idea de que en la infancia la dimensión de la sexualidad está presente. Sin embargo, lejos de suponer solamente que existe un deseo sexual en el infante, lo que allí se pone en juego es que la sexualidad misma es el núcleo del que parte en sí toda psicopatología, pues lejos de considerar que la entrada en el mundo sexual por parte de la corporación humana está destinada a una maduración, Freud señala que la sexualidad misma representa lo que de ninguna forma puede asimilarse plenamente para el sujeto. De aquí que la sexualidad sea el motor del malestar en la cultura. Si esto es así, es dado que ni hombre ni mujer saben nunca a ciencia cierta qué implica desempeñar tal rol, nunca saben si están a la altura de lo que eso implica, por lo tanto, para el deseo sexual no existe complemento posible. Esta constancia de un imposible de asimilar en las veredas de la sexualidad es lo que eventualmente determinará la manera de posicionarse de un determinado sujeto ante el mundo simbólico.

De esta forma, Freud advierte que la sexualidad, corazón diferenciador entre lo humano y lo animal, entre la pulsión y el instinto, es una actividad siempre traumatizante para la elaboración por parte del sujeto. ¿Por qué resulta así? Porque en la sexualidad “el sujeto se juega allí su ser deseante y su relación con el otro”<sup>18</sup>. En otros términos, en ningún otro lado como en la sexualidad el sujeto se topa con la incógnita que representa el deseo, un deseo que, como ya he señalado, en realidad es deseo solo con relación a que no hay nada en el orden de las cosas que represente su cumplimiento/complemento. Es, pues, en el terreno de la sexualidad donde se pone el acento de verdad que implica enfrentarse a un mundo habitado por una alteridad inquebrantable. Y es que de manera constante el sujeto verifica que en la sexualidad, en su búsqueda de satisfacción con su *partenaire*, siempre existe precisamente “un acuerdo en la excitación y una desarmonía en la satisfacción”<sup>19</sup>.

En síntesis, lo que Freud descubre al ocuparse de la sexualidad humana es que no hay posibilidades de que un sujeto exista si no es porque de alguna u otra forma es posicionado en uno de los dos lados de la tabla de los sexos, y que esto, lejos de llevarlo a un complemento, implica su castración, o sea, la pérdida del objeto del deseo para después buscarlo en vano en sus encuentros sexuales. Gracias a la sexualidad, el



18. Paul-Laurent Assoun, *El freudismo*, 25.

19. Juan David Nasio, *El dolor de amar* (Barcelona: Gedisa, 2007), 58.



20. Paul-Laurent Assoun, *El freudismo*, 25.

21. *Ibíd.*, 100.

22. Jacques-Alain Miller, *Lógicas de la vida amorosa* (Buenos Aires: Manantial, 2006), 37.

23. Paul-Laurent Assoun, *El freudismo*, 101-102.

24. Juan David Nasio, *L'inconscient à venir* (Paris: Christian Bourgeois, 1980), 201. La traducción sería: "que no exista relación sexual equivale a: existe lo real".

sujeto existe como singularidad, pero es también a partir de esa sexualidad que queda irremediamente separado de su satisfacción plena. Por esto es que es en la sexualidad donde pulula por excelencia el malestar indestructible que motoriza a la cultura y, por ello, para el psicoanálisis "lo sexual está en todas partes, justamente porque está ahí donde no se sabe que actúa"<sup>20</sup>. Ese dejo de insatisfacción que Freud propone como componente activo de la sexualidad es lo "no simbolizable" que el lenguaje mismo introduce, el acento de real que allí se aglomera.<sup>21</sup> De ahí que Lacan proponga una célebre fórmula que reza: "la relación sexual no existe", lo cual quiere decir que "no hay condición necesaria y suficiente para ambos sexos que los haga complementarios. No hay una condición universal de la elección de objeto"<sup>22</sup>. Le doy la palabra una vez más a Assoun para amplificar tales ideas y cito:

En consecuencia, existe la idea de un imposible por vivir, cuyo reto es la sexualidad [...]. Es el mensaje del "regreso a Freud" que encuentra su enunciado en Jacques Lacan con la expresión: "la relación sexual no existe" o "es imposible" —lo que constituye el sujeto "hablante"—. Toda la *scientia sexualis*, por el contrario, tiende a acreditar que es una certidumbre que hay que construir y restaurar en su plenitud.<sup>23</sup>

Así, desde la perspectiva psicoanalítica no existe la posibilidad de una maduración sexual, dado que, en el eje de esta, algo insiste que no se acopla a los estándares de lo simbólico y que es precisamente aquello que instaura la diferenciación sexual e incita al deseo: eso no simbolizable que es, de nueva cuenta, lo real, la ausencia de entendimiento pleno de la pareja, por decirlo de alguna forma. Ese real habita tanto en uno como en otro, y por escapar a su formulación se perfila como aquello que les impide su armonía. En suma: "*Qu'il n'y ait pas de rapport sexuel équivaut à: il y a du réel*"<sup>24</sup>.

Para concluir este ensayo-homenaje, doy entrada al apéndice anunciado, que versa sobre una de las posturas que en mi opinión ha sabido conservar la perseverancia freudiana de no hacer del psicoanálisis un ejercicio para la adaptación del sujeto a su medio, sino que incluso ha enfatizado de manera radical que de aquello de lo que se ocupa un psicoanalista es de hacer brotar de sus consultantes la verdad de su deseo. Confrontarlos de lleno con la responsabilidad de ese mismo deseo en lo concerniente a su negación y desconocimiento y en lo concerniente a su asunción. Me refiero, como no podría ser de otra manera, a la lectura lacaniana del texto freudiano.

## APÉNDICE LACANIANO

“Si quieren ustedes sean lacanianos,  
yo soy freudiano”.

JACQUES LACAN

Propongo que la obra de Lacan, abanderada con el célebre “retorno a Freud” proclamado en 1953 con el *Discurso de Roma*, tiene por premisa un desprendimiento del psicoanálisis de ser calificado de “freudismo”. Se trata de un desprendimiento necesario por extraño que parezca, pues allí, en llamar “freudismo” al psicoanálisis, subyace una vulgarización. Es decir que el retorno a Freud por Lacan lleva la intención de darle autonomía a la enunciación freudiana y no al nombre de Freud, pues, como el mismo Lacan lo señala, Freud no necesita ser reconocido, lo que importa es lo que Freud nos quiso decir. Mensaje freudiano que, por lo demás, en la época en la que Lacan inicia el mentado “retorno” era objeto de una traición<sup>25</sup>, y pienso que hoy lo sigue siendo. Lacan hablará en sí de *la cosa freudiana*. Hablará, pues, de “la Cosa” que Freud enuncia como la verdad del sujeto y de la cultura, resaltando con ese gesto que lo radical no es la biografía de Freud sino aquello a lo que él se atrevió a darle carta de ciudadanía. Todo ello con la voluntad de resaltar los alcances de la teoría, pues:

Si se habla, no obstante, de “freudismo” es señal de que el psicoanálisis aún no ha recibido el estatus de “cientificidad”[...] [Por lo que] [c]uando el psicoanálisis haya alcanzado su propia autonomía, se desprenderá de su fundador.<sup>26</sup>

Es así como Lacan se puede decir ortodoxo, y puede también decir que él era el más freudiano entre los freudianos. Pero si bien las construcciones lacanianas por un lado siempre se valen de un apego al texto freudiano, su originalidad es la de haber recurrido a saberes a los que Freud no tuvo acceso para expresar de manera más aguda la metapsicología que este construyó en el ambiente de la Viena de finales del siglo XIX. En este sentido, se dice por lo común que Lacan “supera” al maestro, o bien, que su postura poco o nada tiene que ver con lo “clásico” psicoanalítico y, por tanto, que desvirtúa la obra de Freud. Evidentemente, opino doblemente lo contrario, la democracia aquí me parece un error. Tomo partido por la postura lacaniana con relación a que si allí se rescata algo de Freud, es su voluntad por no caer en la concepción del psicoanálisis como una *Weltanschauung*. Pienso que ese movimiento en Lacan es incluso maximizado a través de ciertos conceptos como el objeto *a*, su teoría del significante y, sobre todo, a través del concepto de lo real, ya que: “En realidad, el freudismo es efectivamente pensamiento de lo real, de lo inconsciente”. Por lo que



25. Lacan le atribuye esa traición del texto freudiano, con sede en Norteamérica, a lo que él mismo denominó en 1950 el “factor c”, el cual es la “característica constante de cualquier medio cultural dado”. En específico, Lacan sostiene que el “factor c” de los Estados Unidos de Norteamérica es el ahistoricismo, que se refleja en la manera como los psicoanalistas de aquel país rebajan lo agudo del psicoanálisis y lo sustituyen por nociones como “felicidad”, “adaptación”, “relaciones humanas” e “ingeniería humana”. Véase Dylan Evans, *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano* (Buenos Aires: Paidós, 2007), 87.

26. Paul-Laurent Assoun, *El freudismo*, 32.

«el mérito del “retorno a Freud” consiste en haber replanteado el problema de la *ratio* freudiana en su meollo»<sup>27</sup>.

Lo lacaniano bien podría entonces definirse a través de lo que no es. En palabras agudas y cargadas de un alto grado de sapiencia, como dice Lacan:

El momento en que los psicoanalistas se consagran a remodelar un psicoanálisis bien visto, cuyo coronamiento es el poema sociológico del *yo autónomo*, quiero decir a quienes me escuchan en qué podrán reconocer a los malos psicoanalistas: es que desprecian cierto término para despreciar toda investigación técnica y teórica que prosiga la experiencia freudiana en su línea auténtica. Este término es la palabra: *intelectualización* —execrable para todos aquellos que, viviendo ellos mismos en el temor de ponerse a prueba bebiendo el vino de la verdad, escupen sobre el pan de los hombres, sin que su baba por lo demás pueda tener ya nunca más sobre él otro oficio que el de una levadura—. <sup>28</sup>

Considero que esta contundencia de Lacan se debe a que es difícil encontrar en el árbol de los numerosos “psicoanálisis” una posición más fidedigna con respecto a las cimentaciones freudianas. En estricto sentido, no hay formulación lacaniana que no se encuentre en el pensamiento y en la escritura de Freud. Es común que se reproduzcan opiniones, dentro del ámbito psicoanalítico, que suponen en Lacan una reinención del psicoanálisis, pero de acuerdo con su mismo testimonio, y como ya remarcaba, más bien habría que pensarlo como un lector fidedigno de Freud; de hecho, Lacan mismo se decía “comentador” de Freud.

Si hablo de la letra y del ser, si distingo al otro y al Otro, es porque Freud me los indica como los términos a los que se refieren esos efectos de resistencia y de transferencia con los que he tenido que medirme desigualmente desde hace veinte años que ejerzo esta práctica —imposible, todo el mundo se complace repetirlo después de él— del psicoanálisis. *Es también porque necesito ayudar a otros a no perderse por allí.*<sup>29</sup>

Me propuse hablar de Freud, al menos a eso me invitó. Sin embargo, no puedo más que acceder a otra invitación, ahora en sentido inverso, del escritor al lector, con lo cual confirmaríamos una vez más que cada uno recibe siempre como respuesta su propio mensaje de forma invertida. Propongo que, para no perderse en las apariencias del laberinto de la apasionada lectura de la obra de Freud es necesario responder al guiño que dibujan las formulaciones lacanianas. En esa medida, admito que ser freudiano es, hoy en día, ser lacaniano.

27. Paul-Laurent Assoun, *La metapsicología*, 141.

28. Jacques Lacan “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos I* (México: Siglo XXI, 2005), 503.

29. *Ibíd.*, 508. Las cursivas son mías.



## BIBLIOGRAFÍA

ASSOUN, PAUL-LAURENT. *El freudismo*. México: Siglo XXI, 2003.

ASSOUN, PAUL-LAURENT. *La metapsicología*. México: Siglo XXI, 2002.

ASSOUN, PAUL-LAURENT. "L'oubli de Vienne". *Magazine Littéraire, hors série 1* (2000): 7-13.

CASALS, JOSEP. *Afinidades vienesas. Sujeto, lenguaje, arte*. Barcelona: Anagrama, 2003.

EVANS, DYLAN. *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós, 2007.

LACAN, JACQUES. "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis". En *Escritos I*. México: Siglo XXI, 2005.

LACAN, JACQUES. "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud". En *Escritos I*. México: Siglo XXI, 2005.

LACAN, JACQUES. *Mi enseñanza*. Buenos Aires: Paidós, 2006.

LACAN, JACQUES. *Seminario XX. Aún...* Buenos Aires: Paidós, 1981.

MILLER, JACQUES-ALAIN. *Lógicas de la vida amorosa*. Buenos Aires: Manantial, 2006.

NASIO, JUAN DAVID. *El dolor de amar*. Barcelona: Gedisa, 2007.

NASIO, JUAN DAVID. *L'inconscient à venir*. Paris: Christian Bourgeois, 1980.

ROUDINESCO, ELIZABETH. *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. Buenos Aires: FCE, 2005.

TUBERT, SILVIA. *El malestar en la palabra. El pensamiento crítico de Freud y la Viena de su tiempo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.

TUBERT, SILVIA. *Sigmund Freud*. Madrid: EDAF, 2000.



